



Comenzamos un año nuevo dentro de la Navidad. No salimos aún del pesebre; al contrario, la Iglesia nos hace volver a él y nos pide mirar a María. Hoy no contemplamos solo un nacimiento pasado, sino un misterio que sigue actuando: María es Madre de Dios, y en sus brazos descansa el Príncipe de la Paz.

1. María guarda el comienzo

El primer día del año no se abre con un proyecto, sino con una persona. No se inaugura con planes, sino con una madre que acoge. María no explica a Dios: lo recibe, lo protege, lo ofrece al mundo.

Así empieza el año cristiano: no con dominio, sino con acogida; no con ruido, sino con silencio fecundo.

2. La Maternidad divina: Dios se confía

Confesar a María como Madre de Dios no es solo una afirmación dogmática. Es una revelación del modo de actuar de Dios, que no irrumpe con fuerza, no impone la paz, no domina la historia desde arriba. Dios se hace Niño y se deja llevar en brazos humanos. La paz comienza ahí: cuando Dios no es temido, sino recibido.

3. Jornada de la Paz: la paz nace en el seno

Hoy rezamos por la paz del mundo, pero el

Evangelio nos recuerda que la paz no nace de acuerdos, sino de relaciones sanadas. La primera escuela de paz es siempre un regazo. La primera victoria sobre la violencia es una madre que cuida la vida. María nos enseña que: la paz no se fabrica, la paz se genera. Y solo puede generar paz quien ha aprendido a custodiar la vida frágil.



En este día en el que se comienza un año ¿qué significa custodiar la vida humana en todas sus etapas? La bioética recuerda que la vida no es solo un dato biológico, sino un bien relacional, frágil y profundamente digno. Desde esta mirada, cada existencia —naciente o agonizante— reclama no solo protección, sino también acompañamiento, cuidado y compasión.

La fe cristiana contempla la vida como un don que no nos pertenece en propiedad, sino que se nos confía. Por eso, ante el sufrimiento, la enfermedad o la vulnerabilidad extrema, la respuesta más humana no es acelerar la muerte, sino ensanchar la presencia, aliviar el dolor, sostener la esperanza y no dejar solo a quien atraviesa la noche. Y ante la vida que comienza, incluso cuando llega en circunstancias difíciles, la comunidad está llamada a

ofrecer apoyo, escucha y caminos de misericordia.

En ambos casos, la pregunta decisiva no es solo qué podemos hacer, sino qué tipo de humanidad queremos ser: una que elimina lo que duele o una que acompaña al que sufre; una que decide sobre la vida o una que la acoge como misterio.

4. El futuro ya ha comenzado

En esta fiesta anticipamos lo que será pleno al final de los tiempos. En el Niño de María ya está:

1º La reconciliación definitiva.

2º La bendición prometida.

3º La paz que aún esperamos.

Nada está cerrado, pero todo ha comenzado. El futuro de Dios ya ha entrado en nuestra historia.

Por eso bendecimos el año: no porque sepamos lo que vendrá, sino porque Dios ya está en él.

5. Bendecir el año desde el pesebre

Hoy pedimos la bendición de Dios para el año que empieza. Y Dios bendice mostrándonos a su Hijo. No nos promete ausencia de dificultades, pero sí presencia fiel.

María, Madre de Dios, nos enseña a comenzar el año: guardando más que explicando, confiando más que controlando, amando más que temiendo.

Conclusión contemplativa

En este primer día del año, la Iglesia no nos entrega un calendario, sino un Niño en brazos de su Madre. Ahí está nuestra paz. Ahí está nuestra esperanza. Ahí está el futuro que ya ha comenzado. Santa María, Madre de Dios, guarda este año que nace y enséñanos a vivirlo desde la paz que Dios nos confía.





Orando con los Salmos

Sal 66, 2.3. 5. 6 y 8



**Que Dios tenga piedad
y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros:
conozca la tierra tus caminos,**

todos los pueblos tu salvación.

**Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia
y gobiernas las naciones de la tierra.**

**Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.**

**Que Dios nos bendiga; que le teman
todos los confines de la tierra.**

Comenzamos un nuevo año bajo la luz de este salmo que la Iglesia proclama como una bendición inaugural. No es un deseo humano, ni un simple gesto de cortesía espiritual: es la bendición misma de Dios que se derrama sobre su pueblo. Y hoy, esa bendición tiene un rostro concreto: el rostro del Hijo nacido de María.

1. La bendición que inaugura el tiempo

El Salmo 66 retoma la antigua bendición de Aarón, aquella súplica que pedía que Dios mostrara su rostro. En la plenitud de los tiempos, ese rostro se ha revelado en Cristo. San Agustín lo expresa con una claridad luminosa: «*Dios nos ha mostrado su rostro*

cuando nos ha enviado a su Hijo». Por eso, comenzar el año con este salmo es comenzar bajo la luz del Emmanuel. No sabemos qué traerán los meses que vienen, pero sabemos quién camina con nosotros. La bendición no es un amuleto: es una presencia que acompaña, sostiene y fecunda.

2. María, Madre de Dios, icono de la bendición

Hoy celebramos a Santa María, Madre de Dios, y la liturgia une su maternidad con la bendición del salmo. María es la primera bendecida, la primera iluminada por el rostro de Dios. Ella acoge la luz y la entrega al mundo. Los Padres de la Iglesia vieron en ella la tierra fecunda de la que habla el salmo: «*La tierra ha dado su fruto*». San Cirilo de Alejandría decía: «*La tierra que da su fruto es la Virgen que ofrece al Salvador*». Al comenzar el año, la Iglesia nos pone bajo su mirada materna para que aprendamos de ella a custodiar la bendición, a guardar en el corazón lo que Dios nos confía, a caminar en silencio y en fidelidad.

3. «Para que conozca la tierra tus caminos»

El salmo continúa: «*Para que conozca la tierra tus caminos, y todos los pueblos tu salvación*». La bendición que recibimos hoy no es solo para nosotros. Es una bendición que nos envía. San León Magno recordaba: «La gracia no se nos da para retenerla, sino para que, al derramarse, multiplique su fruto». Comenzar el año bajo la bendición de Dios es aceptar la misión de llevar su luz a quienes viven en la oscuridad, de ser presencia de paz, de justicia y de misericordia.

La bendición se convierte en tarea: ser bendición para otros.

**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

**CATEDRAL
DE OVIEDO**

